

TRIBUNA

MALAGUENA

ANTONIO J. DIEGUEZ LUCENA

¿Para qué las humanidades?

* racional. No obstante existe la tendencia a dejar las decisiones políticas al juicio

¿C UANTOS tendrán que repetirlo para que se haga algún caso? La mengua que año tras año sufre la participación de las llamadas disciplinas humanísticas en la formación de nuestros estudiantes es un grave error que terminaremos por pagar todos. Otros han explicado ya en múltiples ocasiones que el conocimiento de la historia, del arte y del pensamiento de un país, o mejor dicho, de muchos países, es absolutamente imprescindible para la formación de ciudadanos capaces, independientes y libres. Sin estos saberes, los individuos permanecen atados a tópicos y prejuicios; su curiosidad intelectual (cuando la hay) se encuentra limitada a su entorno más inmediato; por ignorancia se ven obligados a repetir errores que ya cometieron otros; y, sobre todo, carecen de la perspectiva suficiente para enjuiciar con rigor la situación política, social y personal en la que se hallan. Nada puedo decir al respecto que no sea reiterativo. Pero hay un argumento que se ha usado para justificar esta política educativa raquítica, un argumento que cuenta con muchos adeptos y que incluso en ocasiones sume en el silencio a aquellos humanistas que tratan de defender su legado. Es a este argumento al que quiero contestar con brevedad.

Se sostiene que en tiempos de escasez financiera y de fuerte competitividad internacional la política educativa debe centrarse en la formación de los profesionales exigidos por el mercado laboral, en especial técnicos de grado medio, ingenieros y científicos de especialidades con proyección tecnológica inmediata. Las humanidades serían así, en el mejor de los casos, un lujo para países ricos y, en el peor, un vestigio añejo de culturas escleróticas. No discutiré si un país que sigue esa política educativa conseguirá mayor riqueza a corto plazo, de lo que sí estoy seguro es de que, cuando se hace a expensas de la formación humanística y de la investigación científica básica, como sucede en España hoy por hoy, ese país va camino de una dependencia cultural

de otros países que le hará perder en creatividad y pondrá en peligro los posibles logros alcanzados.

Bien sé que esta compartimentación rígida entre ciencia (básica o aplicada) y humanidades carece de justificaciones, aunque sólo sea porque nadie ha conseguido separar con nitidez y de una vez para siempre lo que es científico de lo que no lo es. Hay casos muy claros: todos coincidimos en que la física de partículas es científica y en que la metafísica no lo es. Pero en muchos otros casos la situación es menos obvia y depende del momento cultural e incluso de las modas. Piénsese en la lingüística, la antropología, la teoría general de sistemas o el psicoanálisis. En cualquier caso, para no com-

Vamos camino de una dependencia cultural que nos hará perder en creatividad

plicar las cosas, daré por sentado que la dicotomía entre ciencias y humanidades carece de problemas. Pues bien, lo que digo es lo siguiente:

1. El desarrollo de las humanidades es útil para el desarrollo de las ciencias. Algunas de las teorías científicas más firmes tuvieron su origen o encontraron impulso en teorías filosóficas. El atomismo de Demócrito marcó los comienzos del atomismo físico y químico con Boyle y Newton; el heliocentrismo de Aristarco estuvo en la mente de Copérnico cuando éste construyó su modelo astronómico; la teoría de la evolución de Darwin fue inspirada en gran medida por la secularización que se llevaba a cabo en la Inglaterra del momento de ciertas ideas evolucionistas desarrolladas por la teología natural; la crítica filosófica de Ernest Mach al concepto de espacio y tiempo absolutos fue decisiva en la

elaboración de la teoría de la relatividad por parte de Einstein; la filosofía oriental inspiró y sigue inspirando a algunos físicos cuánticos; y se podrían encontrar más ejemplos.

2. El desarrollo de las humanidades es conveniente para que las ciencias obtengan una mejor comprensión de sí mismas. Hace varias décadas que el ensayista y novelista británico C. P. Snow, en una famosa conferencia titulada «Las dos culturas», lamentaba el gran desconocimiento de la ciencia por parte de los humanistas, lo que les hacía vivir de espaldas a la realidad de su tiempo. En este punto la queja de Snow sigue teniendo vigencia. Para algunos estudiosos de las humanidades parece como si la ciencia fuera un fenómeno cultural de segunda importancia, sin efectos profundos sobre lo que el hombre ha hecho de sí mismo en los últimos siglos. Por eso se permiten el lujo de ignorar la historia de la ciencia —una falta, sin embargo, menos reprochable cuando se sabe que la mayor parte de los científicos también la suelen desconocer—. Para Snow, la cultura literaria, lúdica y hostil a la ciencia, representaba un obstáculo en el camino del progreso y de la solución de los problemas mundiales. Pero lo más preocupante en nuestros días no es este fenómeno, sino el inverso, la ignorancia de las humanidades, cuando no simple desprecio hacia ellas, en que se mantiene a los científicos a lo largo de su formación. El resultado ha sido la difusión de un cientifismo miope, que es incapaz de situar correctamente a la ciencia en el seno de la cultura actual, y que ha provocado a su vez en muchos sectores el miedo y la desconfianza hacia una ciencia arrogante e incontrolada. Parecen ya olvidados los escritos de los grandes científicos de nuestro siglo, como Einstein, Schrödinger o Wiener, quienes supieron contemplar lo que hacían como científicos desde una perspectiva más amplia.

3. El desarrollo de las humanidades es conveniente como complemento del desarrollo de las ciencias. Las ciencias han sabido contestar con precisión creciente a muchas preguntas acerca del funcionamien-

to y constitución del mundo en que vivimos. Pero hay muchas cuestiones insoslayables que, por su propia naturaleza, caen fuera de los límites del conocimiento científico. Son sobre todo las cuestiones relativas al sentido de nuestra existencia, o, si se prefiere, al sentido que podemos darle nosotros a una existencia auténtica. Ciertamente las humanidades tampoco tienen una contestación definitiva para dichas cuestiones, pero cuando menos nos ilustran con los modos diferentes en que individuos reales o imaginarios, o pueblos de otras épocas y lugares resolvieron el problema de qué hacer con sus vidas, y esos ejemplos, aunque sólo sea por su variedad, tienen un valor inestimable para ayudarnos a orientar nuestra propia vida.

4. El desarrollo de las humanidades es deseable como modo alternativo de enfocar nuestras acciones. A nadie se le ocurriría actuar conscientemente en el trato con los demás bajo directrices puramente científicas, y, sin embargo, eso hacemos cuando nos dejamos guiar por una visión exclusivamente numérica de nuestros semejantes, como si no fueran más que datos en un problema, ya sea el del hambre, el del desempleo, el de la soledad o el de cómo trepar lo más rápidamente posible en la escala social. Para agravamiento de males, esa ha sido una tentación muy frecuente en el trato que los gobiernos han querido dar a los ciudadanos. Hoy ya nadie intenta, afortunadamente, reconstruir por completo una sociedad para adecuarla a los dictados de un frío cálculo inapelable de los expertos, hurtando así a los ciudadanos su derecho a participar en ellas. Con ello se consiguen gobiernos tecnocráticos cuya posible eficacia es contrapesada por la despolitización y el desinterés que infunden en los gobernados.

Antonio J. Diéguez Lucena es profesor titular de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Málaga